

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

(DES)APARECER. SOBRE LAS INSCRIPCIONES BIOGRÁFICAS DE LA (PROPIA) DESAPARICIÓN EN SOBREVIVIENTES DE LOS CENTROS CLANDESTINOS DE DETENCIÓN EN ARGENTINA

(Dis)Appear. About Biographical Inscriptions of (own) Disappearance in Survivors of the Clandestine Detention Centers in Argentina.

JULIETA LAMPASONA
IDES (Argentina)

julieta.lampasona@gmail.com

Recibido: 13 de agosto de 2022

Aceptado: 2 de marzo de 2023

<https://orcid.org/0000-0001-6720-7282>

<https://doi.org/10.7203/KAM.21.25066>

N. 21 (2023): 531-550. ISSN: 2340-1869

RESUMEN: Las vivencias asociadas al cautiverio clandestino constituyeron instancias profundamente disruptivas, en términos de sus construcciones simbólicas e identitarias de las y los sujetos, de sus proyecciones de futuro y sus entramados de relación. Este artículo analiza las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición y posterior sobrevivida en los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD) emplazados en la Argentina durante el período 1975-1983, con el objeto de reflexionar en torno de las formas de persistencia de la violencia en el presente y los procesos (siempre abiertos) de recomposición subjetiva. A partir de un abordaje de tipo cualitativo sostenido, principalmente, en el análisis de las historias de vida de hombres y mujeres que atravesaron la experiencia del cautiverio y posterior liberación, se hace foco en dos dimensiones analíticas: las modalidades de persistencia de la violencia en el espacio subjetivo y los procesos de ruptura y recomposición de los espacios de acción e interacción entendidos en el largo plazo.

PALABRAS CLAVE: desaparición forzada, Centros Clandestinos de Detención, sobrevivientes, experiencia límite, inscripciones biográficas.

ABSTRACT: Experiences associated with clandestine captivity constituted profoundly disruptive instances, in terms of the symbolic and identity constructions, subjects future projections and their relationship frameworks. This article analyzes the biographical inscriptions of the experience of the (own) disappearance and subsequent survival in the survivors of the Clandestine Detention Centers (CCD) located in Argentina during the period 1975-1983, in order to reflect on the forms of persistence of violence in the present and the processes (always open) of subjective recomposition. From a sustained qualitative approach, mainly in the analysis of the life histories of men and women who went through the experience of captivity and subsequent liberation, it focuses on two analytical dimensions: the modalities of persistence of violence in the subjective space and the processes of rupture and recomposition of the spaces of action and interaction understood in the long term.

KEYWORDS: political translation, counterhegemonic translation, translation studies, Latin American studies, sociology of translation, socio-environmental struggles, translatability.

I. INTRODUCCIÓN¹

Las vivencias asociadas al cautiverio clandestino —atravesadas por la tortura, el aislamiento y la producción de muerte, entre otras— constituyeron instancias profundamente disruptivas, en términos de las construcciones simbólicas e identitarias de las y los sujetos, de sus proyecciones de futuro y sus entramados de relación². Desde este prisma analítico, cuya temporalidad excede la situación material de violencia para inscribirse en y reconfigurar el propio curso vital de las víctimas, en este artículo me propongo analizar las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición en los y las sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD) emplazados en Argentina durante el período 1975-1983³, con el objeto de reflexionar en torno de las formas de persistencia de la violencia en el presente y los procesos (siempre abiertos) de recomposición subjetiva.

Estas reflexiones se desprenden de mi investigación doctoral, abocada a la temática que aquí se presenta. La perspectiva teórico-epistemológica de la pesquisa hizo foco en un abordaje de tipo biográfico que permitió considerar la articulación de las dimensiones subjetivas e intersubjetivas con los procesos políticos y las relaciones sociales que las atraviesan y constituyen (Sautú, 1999; Vasilachis, 2006; Arfuch, 2010). En particular, la investigación se centró en el análisis de historias de vida de sobrevivientes cuyas experiencias de cautiverio y posterior sobrevida se circunscribieron, mayoritariamente, al territorio de la Capital Federal o el Gran Buenos Aires⁴. Los casos se distribuyeron de

1 Agradezco los comentarios realizados por la Lic. Malena Corte y las observaciones de las/os revisoras/es.

2 Producido el secuestro se inauguraba un proceso de profundo avasallamiento respecto de aquello que constituía la humanidad del sujeto y su propia identidad (Calveiro, 1998; Gatti, 2008; Tello, 2012), lo que permite considerar al CCD como dispositivo de crueldad. Para el caso que nos convoca, entiendo a la crueldad como ese desamparo mayor del sujeto que, en y por la ausencia de un tercero de apelación y por la vocación de sometimiento, sujeción y eliminación de ese otro negado, configura una “encerrona trágica” que lo entrapa y cuyos efectos se sostienen en el largo plazo (Ulloa, 1998: 1). En este sentido, pese a múltiples fisuras y/o formas de resistencia (Calveiro, 1998), la situación de cautiverio —y particularmente, la tortura— configuró una situación de vulneración extrema cuyos efectos se sostuvieron más allá de la liberación, acuciando al/los sujeto/s incluso en su presente.

3 Me refiero a quienes, siendo adultos/as, sufrieron en su propio cuerpo las situaciones de secuestro, tortura, cautiverio clandestino y posterior liberación de los CCD. Si bien no conforman un colectivo homogéneo en términos de trayectorias y modalidades de vinculación con lo vivido, me referiré al conjunto con la categoría de “sobrevivientes” puesto que es asumida como propia por la mayor parte de los/as entrevistados/as como así también mayoritariamente utilizada en el campo social y de estudios vinculados con la(s) memoria(s).

4 Las mismas tuvieron lugar entre abril de 2011 y julio de 2015 y se desarrollaron, cada una de ellas, en varios encuentros.

manera homogénea en términos de género, al tiempo que todos/as los/as entrevistados/as habían tenido militancia política y/o gremial con anterioridad al secuestro; una vez en libertad, y en el marco de tiempos personales y coyunturas socio-memorales diferentes, cada uno/a tuvo alguna forma de inscripción en la trama pública (con participaciones activas en el campo de los derechos humanos en algunos casos, e incursiones esporádicas, marginales y/o en espacios de menor visibilidad, en otros). En este sentido, de manera heterogénea y sin que ello implicara necesariamente el despliegue de “trayectorias testimoniales” (Feld y Messina, 2014), todos/as asentaron su caso en la escena pública.

Desde una perspectiva que hace foco, entonces, en la visibilidad de la voz de las víctimas y en las condiciones subjetivas y sociales para los procesos de elaboración y reposicionamiento, y a partir del análisis de los testimonios producidos, principalmente, en el marco de la investigación que da sustento a este escrito, abordaré dos dimensiones que considero sustantivas al momento de pensar los efectos subjetivos (y sociales) de largo plazo: por un lado, las modalidades de persistencia de la violencia en el espacio subjetivo; por el otro, los procesos de ruptura y recomposición de los espacios de acción e interacción desde una mirada de largo plazo. Para avanzar sobre la primera de estas dimensiones, en la sección que sigue analizaré lo que califico como “temporalidades entrampadas” (para hacer foco en las formas de irrupción del secuestro en el relato de vida y en la configuración temporal de los relatos sobre la propia desaparición), y la emergencia de significantes recurrentes en las construcciones de sentido vinculadas al después del cautiverio (en particular, las ideas de “terror” y de “culpa”). Para avanzar sobre la segunda, en el tercer apartado analizaré algunas de las modulaciones suscitadas en las tramas vinculares y los espacios de socialización, atendiendo tanto a los momentos de mayor “repliegue” sobre ámbitos de la vida cotidiana como a otros de mayor apertura a la trama pública.

Como se argumentará, los procesos de reconstrucción subjetiva no suponen formas plenas y/o cerradas de elaboración y de reposicionamiento sino que, por el contrario, están poblados de tensiones, de reafirmaciones y pesares, conjuntamente; en efecto, el trabajo (siempre inacabado) de recomposición subjetiva⁵ supone una tensión permanente entre la persistencia acuciante de la experiencia traumática y sus modos posibles de elaboración (LaCapra, 2005). En ese “entre” tiene lugar la (sobre)vida.

5 La noción de “trabajo de memoria” propuesta por Jelin (2002) ha iluminado el campo de estudios sobre memoria. Pensada como construcción activa del sujeto y/o los grupos sociales, la memoria supone un trabajo, una hechura, un esfuerzo activo por tornar inteligibles las huellas del pasado. La noción de “trabajo de recomposición subjetiva” que aquí se propone es, en este sentido, subsidiaria de sus aportes.

II. DE VIOLENCIA MATERIAL, ACECHOS Y PERSISTENCIAS

Momento crítico de la vida del/los sujeto/s, la (propia) desaparición trajo consigo la desarticulación y (re-)configuración del mundo propio, de los espacios de acción e interacción y de las propias configuraciones subjetivas e identitarias. Como dije, la radicalidad de la violencia vivida y de los procesos de crueldad fueron configurando una realidad traumática y disruptiva del curso vital, cuyos efectos y/o persistencias se sostienen, acucian y reactualizan aún en el presente⁶. Por todo ello, sostengo que si bien la (propia) desaparición se circunscribió a espacios y tiempos particulares —delimitados por el CCD—, tanto en sus formas de inscripción como en la evocación del recuerdo, estos límites espacio-temporales se desdibujan⁷.

Desde este prisma, en este apartado avanzaré sobre algunas de las modalidades de persistencia, re-emergencia e insistencia (muchas veces acuciantes) de la violencia en el espacio subjetivo, con el objeto de reflexionar en torno de su vigencia de actualidad, pero también, y sobre todo, de las posibilidades de elaboración y construcción de una distancia crítica que viabilice, pese a todo, la (sobre)vida en el presente. Como veremos, dichas persistencias se tornan asibles en múltiples nudos de sentidos que remiten, precisamente, a temporalidades dislocadas, trastocadas, omnipresentes y/o detenidas y que emergen de manera recurrente y sistemática en la palabra de los y las sobrevivientes⁸. En particular, y tal como fue señalado en el apartado introductorio, me centraré aquí en dos dimensiones analíticas: a) aquella relativa a las “temporalidades entrampadas” —que remiten tanto a los modos de irrupción/disrupción del secuestro en el relato de vida

6 La experiencia límite golpea el mundo simbólico y de la interacción, inaugurando un tiempo de latencia y acecho que acucia al sujeto en su recorrido vital (Kaufman, 1998; LaCapra, 2005; entre otras/os). En este marco, los procesos de rememoración permiten al sujeto “distinguir el pasado del presente y reconocer (...) algo que está relacionado con el aquí y ahora pero no es idéntico a él” (LaCapra, 2005: 86). Estas formas de elaboración no anulan enteramente los asedios del pasado sino que suponen una tensión permanente con formas de “acting out”, en tanto emergencia compulsiva y repetitiva de lo traumático. Tiempos imbricados y múltiples pero, al mismo tiempo, no-idénticos; y desde allí, entre el asedio del pasado y la vida en el presente, tendrá lugar la supervivencia (LaCapra, 2005: 126).

7 Estas consideraciones me llevan a revisar el concepto mismo de “experiencia”, desde la propuesta teórica de Scott ([1993] 2001) y en articulación con los estudios sobre memoria; particularmente, aquellos que hacen foco en los trabajos de simbolización, significación e incorporación de la vivencia límite en el campo de experiencia (Puget y Kaës, 1991; Kaufman, 1998; Van Alphen, 1999; Jelin, 2006; entre otras/os). Lejos de configurarse como algo dado al sujeto —en el sentido de una vivencia uniforme y cerrada sobre sí—, la (propia) desaparición se configura y re-configura también desde su puesta en sentido, trascendiendo así el puro ordenamiento cronológico y espacial de lo vivido en el CCD.

8 Como señala Jelin (2014), el testimonio se configura en y por múltiples temporalidades que remiten tanto a los tiempos subjetivos, como a la dimensión histórica. En este escrito, haré foco en la primera de estas dimensiones.

como a la configuración temporal del relato de la (propia) desaparición—; y b) aquella relativa a la emergencia de significantes recurrentes en las construcciones de sentido vinculadas al después del cautiverio; esto es, el “terror” y la “culpa”.

En el conjunto de nuestras entrevistas, las conversaciones sobre la infancia y la adolescencia fueron mayormente profundas y articuladas. En algunos casos más, en otros menos, la referencia a la familia de origen, la casa, el barrio y los amigos de la infancia fueron dando inicio a los relatos de vida. En esas secuencias de sentido, casi de manera imprevista e inesperada, la referencia (disruptiva) al secuestro se inmiscuía en la narración de ese mundo cotidiano, y la entrecortaba. Al hablarnos de su casa materna, Margarita⁹ nos decía lo siguiente:

Mi papá era muy buen carpintero. Ebanista. Hacía todas las cosas. Las puertas... Yo quiero mi casa porque, bueno, porque... las cosas que..., no sé ... Mi casa estuvo deshabitada muchísimos años. [Sonríe y se emociona] Y las únicas cosas que quedaron como muy enteras de la humedad y qué sé yo, bueno, los marcos y las puertas que hizo mi papá [vuelve a sonreír]. De las cosas como... de arraigo. Viste que los que sostienen mucho, también, las paredes y las cosas son los marcos de las puertas de las casas. Y las maderas de algarrobo y todo eso, ¿no? [Con una voz suave, algo temblorosa por la emoción] O sea que... yo por eso, en parte quiero esa casa por eso. Y, bueno, porque también, qué sé yo, *porque la hizo mi viejo, porque tengo la historia de mi infancia...* (...) *Hubo cosas que hubo que cambiar porque cuando fue el secuestro a los milicos les costó mucho romper esa puerta, que era una puerta así, muy grande, maciza, de algarrobo, que también la tengo como...*, [sonríe] como la cosa más... histórica. Bueno, la cambié para que no diera la imagen de que me encontrara siempre con esa puerta de entrada, pero bueno, como que no quiero que nada termine de demolerse [sonríe]. Tampoco en mi memoria ni en las cosas, este... Pero no porque quiera guardar gran parte del horror, sino porque quiero guardar eso, la primera puerta que tuvo la casa. (Entrevista a Margarita, octubre de 2011)

⁹ Si bien no profundizaré en este escrito sobre los recorridos singulares de cada uno/a de los y las entrevistados/as, importa decir que Margarita es de origen tucumano, que fue militante política durante los años setenta y fue secuestrada en esa provincia en mayo de 1975, en el marco del Operativo Independencia. Una vez en libertad, se “insiló” en Buenos Aires, junto a su primer hijo recién nacido y a su madre; mientras su compañero permanecía en condición de preso político en esa provincia del norte argentino. Una vez reunida la pareja nació su segundo hijo, pero los apremiantes tiempos (a nivel económico, político y afectivo) imprimieron profundas dificultades. Ya en democracia, comenzó a vincularse con otros/as sobrevivientes y se incorporó a la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos (AEDD), de la que aun hoy forma parte. Margarita brindó su testimonio en múltiples instancias y es actualmente una referente del movimiento de derechos humanos.

En el relato de su convivencia con J., su entonces pareja, Miriam señalaba:

(...) así era nuestra vida. Y después, viste, la alegría de las pequeñas cosas, o sea, ¡cero lujo! Yo me acuerdo cuando armamos ese departamentito. (...) la construcción era muy precaria. Y nosotros fuimos y pintamos los armarios, y conseguimos una mesa de pino, con unas sillas de pino con paja, viste, como se usaban antes. Y como la mesa no era muy linda, compramos un plástico con flores celestes y después, en la habitación, compramos una cama y un ropero. (...) ¡No teníamos nada más! ¡No teníamos ni radio! ¡Ni televisión, nada! Y éramos felices así..., charlando entre nosotros, comiendo polenta, fideos... (...). Y el... acolchado, era un acolchado como medio de nylon, con flores celestes también. Era celeste, con unas flores en azul... *Y después, cuando entro al chupadero (...), lo veo colgado en el patio, recién lavado... Me mató eso... Yo dije: 'jeste es mi acolchado!', '¡No! Te parece, es uno igual', me decían... '¡No, este es mi acolchado!'... Se me estrujó el corazón... [Silencio].* Pero bueno, después no sé, había una canastita de mimbre... ¡2 boludeces! Y teníamos una cocina-comedor y una habitación [Silencio]. ¡Nada! ¡No teníamos absolutamente nada! (Fragmento de entrevista a Miriam, mayo de 2011)¹⁰

En algunas de las entrevistas, era la casa de origen la que funcionaba como espacio de (re)emergencia y producción de esa disrupción; ámbito de relevancia en el desarrollo de la vida, la casa funcionó en muchos casos como el lugar específico en el que se produjo el secuestro, constituyéndose así en “el primer eslabón de la serie” (Colombo, 2013: 98). Espacio de vida y resguardo, “la casa” operó también como espacio de desaparición, reconfigurándose para siempre. En otras entrevistas, el marco de enunciación lo conformaban los amores y/o el mundo de interrelación. Todos ellos, espacios y relaciones, fueron trastocados por la (propia) desaparición y su evocación parece traer, también, el peso de la ruptura y del dislocamiento del curso vital. Al igual que en su ocurrencia material —esto es, en su irrupción en la vida de los sujetos—, las referencias al secuestro irrumpen en y trastocan los relatos de manera intempestiva, invadiendo y dislocando espacios, relaciones y tiempos otros, hilvanando y deshilvanando nudos de sentido y/o

¹⁰ Al momento de nuestros encuentros (entre mayo y septiembre de 2011) Miriam tenía 53 años. En los años '70 había militado activamente en el peronismo y en mayo de 1977 fue secuestrada; permaneció detenida clandestinamente en los CCD Virrey Cevallos, primero, y la ESMA después, hasta enero de 1979. En abril de 1981 pudo dejar el país y se exilió en Estados Unidos, junto a su compañero —también sobreviviente de la ESMA— y su primer hijo, nacido unos meses antes. En Nueva York fueron padres de su segundo hijo y se vincularon con otros exiliados. Allí comenzó a escribir su primer testimonio y, una vez restituida la democracia, pudo volver a la Argentina. Su recorrido testimonial transcurrió por múltiples espacios y soportes, hasta el presente y su historia es una referencia ineludible al momento de abordar el cautiverio en y la sobrevida a la ESMA.

construyendo nuevos, anudados y trastocados por él. Desde estas formas de irrupción/disrupción, como una presencia latente y solapada, acecha al sujeto y adquiere, en reiteradas oportunidades, vigencia de actualidad.

Del análisis de los testimonios se desprende una segunda modulación narrativa, vinculada con las formas que asumen los tiempos verbales en el relato del secuestro y/o de la (propia) desaparición; en particular, me refiero a su narración en un tiempo presente que anuncia, acaso, un continuum de la violencia en el espacio subjetivo, la persistencia de un tormento que no cesa. La crudeza de lo vivido y su vigencia de actualidad se tornan así manifiestas al referir a ese momento bisagra que se inicia con el secuestro como antesala de la fase clandestina del proceso de desaparición:

Y la sensación que tuve cuando caí... (...). Yo veo que hay un tipo que está... detrás mío, en la fila, y cuando yo termino de hablar, en lugar de quedarse a hablar cruza conmigo la calle y va a la parada del colectivo. Lo veo arriba del colectivo. Decido tirarme del colectivo. (...) hago como que no me voy a bajar y le toco el timbre, me abre y me tiro. Y él... se tira atrás mío. Yo no me di cuenta. Pero cuando me di vuel... [se corrige], doy vuelta, lo veo en un Ford Falcon marrón... (...) Sacan armas largas, cortan el tránsito, un gran quilombo, hay gente que me quiere ayudar, yo empiezo a gritar (...) y me meten adentro de un auto. Y cuando me meten adentro de un auto, a los pocos metros chocan, me tiran atrás, me ponen un antifaz o una capucha, no recuerdo. (...) Bueno, me bajan del auto, a las patadas, me hacen subir una escalera que estaba como en construcción, como áspera, como de cemento, y en una habitación muy grande me tiran en una cama, sobre una mesa me atan, me desnudan... (Entrevista a Miriam, junio de 2011)

En algún momento me dicen algo, como que yo deduzco que mi vieja estaba ahí también. Y... Pero no me la dejan ver, ni hablar, ni nada. Y en un momento me dan como un arma, me la ponen en la mano y me dicen: 'Vamos que vos sabés muy bien cómo se usa'. Yo... Y era todo así, como una conversación medio bizarra y sin... o sea, no me preguntaban sobre nada que yo conociera, ¡nada! O sea, era como raro. Y ahí me vuelven al lugar este, y nada, y me tienen toda esa noche y a la mañana siguiente, me suben a una camioneta (...), y me hacen otra vez tirar al piso, y me llevan a un lugar que, también, después descubro que era el Vesubio. (...) Y bueno, y ahí me tienen unos días. Este, ¡y ahí sí! Me empiezan..., me sacan para interrogarme, me torturan... (...) Y siempre preguntaba por mi vieja y me decían... Hasta que un día, en una de esas, hay un tipo que me lleva donde está mi

vieja. (...) Este, y ahí me dejan tocarla, digamos. No verla, no hablarle. Y... eso fue un segundo. (Entrevista a Laura, julio de 2011)¹¹

(...) cuando me legalizan, me sacan vendado... Nos suben a un camión celular, compartimentado, esos camiones de traslado, que vos ves... ¿del Servicio Penitenciario? Pero eran camiones que tenían compartimientos, y donde cabía una persona parada. Nos sacan, en ese camión, a dar vueltas (...). [Comienza a acelerarse, a enumerar] Eh, el camión va, da una vuelta, se mueve, ¿me entendés? Agarra un pozo. Vos estás ahí adentro en el... Y vos ves los movimientos y escuchás ruidos y qué sé yo... [hace una pequeña pausa, retoma el ritmo habitual]. Dan toda una vuelta, entran... al mismo garage (...) y nos bajan, nos sacan la venda, nos entran por la puerta (que todavía está), nos suben a un ascensor, y ahí nos legalizan. (Entrevista a Julián, abril de 2011)¹²

En estas referencias emergen y se superponen diferentes tiempos verbales: por momentos, las experiencias parecen ubicarse en un tiempo pasado, que se vincula con el presente, pero sin corresponderse de manera idéntica; en otros, sin embargo, el relato transcurre —muchas veces acelerado— en un tiempo presente, como si la experiencia límite y la narración se entrecruzaran y sucedieran simultáneamente. En la narración misma, la violencia vivida invade al sujeto y el secuestro, el cautiverio y la liberación parecen cobrar vigencia de actualidad. Como se desprende de los estudios vinculados con el análisis del discurso, el contenido de lo narrado y el contexto enunciativo inciden de manera directa en los sentidos de los usos verbales. En el caso específico del uso del

11 Nuestros encuentros transcurrieron en julio de 2011. Laura había sido militante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) mientras cursaba sus estudios secundarios. A finales de mayo de 1976, ella y su madre fueron secuestradas y detenidas durante cinco días aproximadamente, en diferentes CCD de la provincia de Buenos Aires. Los tiempos posteriores a su liberación, y luego de un breve exilio —primero en Estados Unidos y luego en Israel—, se caracterizaron por un marcado distanciamiento de los espacios de participación política y de las relaciones vinculadas con la militancia, que se sostendría por años. Si bien al momento de nuestras conversaciones había brindado testimonio en reiteradas oportunidades y participaba de actividades vinculadas con la temática, por entonces no mantenía una militancia activa en el campo de los derechos humanos.

12 Con Julián mantuvimos nuestras conversaciones entre abril y mayo de 2011, a lo largo de cinco encuentros. Como estudiante secundario, a comienzos de los años '70 había comenzado a militar en la agrupación político-estudiantil Juventud Guevarista —vinculada al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)—. El 24 de abril de 1976, en el marco de sucesivas caídas dentro de su agrupación, fue secuestrado a plena luz de día y trasladado a lo que después pudo identificar como el CCD “Coordinación Federal”. Luego de permanecer un mes allí, fue legalizado en el Penal de La Plata hasta finales de ese año. Las lesiones sufridas durante la tortura lo obligaron a someterse a diversas operaciones y por largos años permaneció distanciado de ese mundo previo y a otros ámbitos vinculados con la temática de derechos humanos. Al momento de nuestras conversaciones había comenzado ya a brindar su testimonio en algunas instancias (no, hasta entonces, en la escena judicial). De las entrevistas reseñadas en este artículo, es el único caso que pidió reemplazar su nombre de pila real por su antiguo “nombre de guerra”.

tiempo presente, no se trata tan solo de una forma convencional de la narración oral para referir a eventos pasados, ni es tampoco la mera cercanía temporal lo que se resalta; como analiza Silva-Corvalán (1983), el uso del presente histórico torna más vívido el pasado porque describe, precisamente, eventos “inusuales” y “dramáticos” que destacan los aspectos más relevantes de una historia (1983: 774-776). En este sentido, aunque sin profundizar en este tipo de abordaje, me interesa resaltar que los usos diferenciales del tiempo verbal, y particularmente las alternancias entre pasado y presente que aquí se analizan, se inscriben en un plano subjetivo y dan cuenta de la mayor o menor “vigencia que para el locutor tiene la acción pasada denotada por el verbo, en el presente de su enunciación” (García Negroni, 1999: 49).

Sea desde su irrupción/disrupción en tiempos que no se corresponden con su ocurrencia material —los de la infancia, los del “antes”, los del “después”— o desde su enunciación en un continuo presente, el sujeto vuelve de alguna manera “allí”. Lo intempestivo del secuestro, lo liminal de la reclusión y las condiciones azarosas de la liberación, invaden la evocación; pasado y presente se tocan, como anunciando en esa mixtura su presencia acechante. Sin embargo —y acaso sea por el contexto de enunciación, de miramiento y escucha, y/o por las formas de elaboración desplegadas— estas formas de “retorno” no implican, en sí mismas, un revivir pleno (y devastador) de la espacialidad y de la violencia propias del CCD, sino que se solapan también con la posibilidad de afirmación en un tiempo diferente, en términos de la reflexividad y de la significación. Pasado y presente se tocan y confunden pero, al mismo tiempo, el sujeto establece de alguna manera una distancia crítica que le permite distinguir el aquí y el ahora de la evocación, aun cuando el “allí” y el “entonces” pugnen por invadirlos plenamente.

El recorrido analítico por los testimonios me permite advertir también la emergencia recurrente de significantes singulares, particularmente en el relato de los tiempos posteriores a la experiencia límite, e incluso, del tiempo presente. En efecto, los testimonios traen consigo la recurrencia de un cúmulo de significaciones vinculadas, particularmente, con la idea del terror y de un profundo sentimiento de culpa por haber sobrevivido¹³. Estas recurrencias de sentido parecerían hablar ya no —o no tan sólo— de un tiempo

13 Como afirman Puget y Kaës (1991), el terror remite a la inscripción de la amenaza real de muerte y a la inmovilidad, subjetiva y social, que resulta de ella. En su emergencia narrativa pueden observarse, entiendo, formas de reactualización de la violencia que cercenan, en algunos casos, la capacidad de acción. El problema de la culpa (y de la vergüenza), en tanto, aparece de manera reiterada en la bibliografía sobre la experiencia concentracionaria —fundamentalmente en la obra de Primo Levi—, como cualidad aparentemente constitutiva de la condición de sobreviviente. Ahora bien, aun cuando muchos testimonios hacen referencia explícita a un “sentimiento de culpa”, propongo interpretarlo aquí no como algo “dado”, evidente y/o constitutivo de la experiencia de las y los sobrevivientes, sino desde los efectos de verdad que estas construcciones de sentido — a modo de formas singulares de vigencia e insistencia del pasado en el presente— han producido en las trayectorias.

disruptivo u omnipresente de la violencia, sino también de una persistencia que limita o detiene al sujeto en sus posibilidades de acción y/o de recomposición subjetiva. En el primer caso, esos “miedos” aparecen vinculados con diferentes espacios, tiempos y situaciones que, remitiendo directa o indirectamente a la experiencia límite del CCD¹⁴, fueron acuciando al sujeto en su propia trayectoria de vida, coartando y cercenando en muchos casos su propia capacidad de acción, de reposicionamiento y/o de participación en tramas de mayor visibilidad; su sola ocurrencia traía (y trae) consigo la certeza de un peligro inminente, la amenaza concreta de una re-edición —si no literal al menos, sí, en sus efectos— de lo vivido. En el caso de la remisión a la culpa, su emergencia trae consigo un marcado disvalor de sí, que se afirma en relación con múltiples otros: la propia familia, las/os detenidas/os-desaparecidas/os que quedaron allí, las/os compañeras/os de militancia. Así, la/el sobreviviente es atormentada/o por una pesada carga, tortuosa, de manera tal que esa temporalidad abierta por el CCD sigue marcando, aún y fundamentalmente en el después, múltiples cesuras y resquebrajamientos de sí y de los entramados intersubjetivos.

Si bien existen diferencias entre unas y otras dimensiones, su abordaje nos aproxima analíticamente a esos tiempos subjetivos, proyectos y trayectorias de vida que se vieron trastocados por la experiencia límite. Las primeras, desde tiempos dislocados, alterados y omnipresentes, las segundas, desde una repetición que insiste en el apremio y detiene al sujeto. En este sentido, nos permiten reflexionar sobre la convergencia de múltiples temporalidades, entrampadas y de acecho, detenidas, desde las cuales se inscribe y reemerge la violencia vivida, sobre los solapamientos y tensiones del pasado y el presente, su articulación no lineal, sus mixturas y distancias. Con todo, puede señalarse que pese a esas huellas y persistencias, la posibilidad de estas puestas en sentido permite asir el despliegue de procesos —siempre abiertos, parciales o incipientes— de elaboración y recomposición subjetiva que, sostenidos a lo largo de la vida, abrirán a diversas inscripciones del sujeto en la (su) historia, en los términos de la vinculación con ese pasado, de la afirmación en el presente y de las proyecciones de futuro. Como todo “trabajo de memoria” (Jelin, 2002), estas configuraciones de sentido suponen en sí mismas formas de subjetivación que tensionan, no sin dificultades, el movimiento deshumanizante de la situación límite. Si la experiencia radical del cautiverio promovió procesos desubjetivantes, los trabajos de elaboración, de significación y de recomposición subjetiva se

14 Me refiero, entre otros disparadores, a la ocurrencia de sueños, a la repentina asociación de situaciones de la vida cotidiana con vivencias propias de la experiencia límite, e incluso a los temores e imposibilidades de narrar lo vivido. Cristian Rama, por su parte, introduce también el “reencuentro” —casual o deliberado— de las víctimas con sus captores como otro elemento de relevancia para el análisis de estos pesares (2015: 81-82).

anudan —aun desde sus propios dolores, tensiones y los acechos de lo vivido— en un paulatino y siempre abierto reposicionamiento.

III. (RE-)APARICIÓN Y DESPUÉS: ENTRE EL ARRASAMIENTO DEL MUNDO CONOCIDO Y LA CONFIRMACIÓN DE NUEVOS ESCENARIOS Y AFIRMACIONES POSIBLES

La reconfiguración de los espacios de acción e interrelación (en términos de ruptura y de recomposición) y sus movimientos en el largo plazo constituye otro nudo analítico de relevancia al momento de reflexionar acerca de las inscripciones biográficas de la experiencia límite. En primer lugar, me interesa explorar las implicancias subjetivas de los procesos de configuración y posterior ruptura —con motivo de las desapariciones, propia y de compañeras/os— de ese mundo propio construido en torno de la militancia¹⁵, en su articulación con la recomposición —una vez producidas las liberaciones— de nuevos y/o viejos entramados que fueron brindando, al menos en los primeros tiempos y no sin tensiones¹⁶, formas específicas de contención, resguardo y cobijo. En efecto, aún cuando esos primeros tiempos fueron escenario de un profundo cercenamiento de los espacios de interrelación y de las prácticas que hasta entonces organizaban el mundo de lo conocido, el repliegue sobre los ámbitos de interrelación más íntimos y/o privados de la vida cotidiana —anclados principalmente en la familia, los estudios o el trabajo— fue proporcionando en muchos casos, incluso desde el silencio o el (pretendido) olvido (Jelin, 2002), formas de cobijo. El abordaje analítico de cada uno de los recorridos, que marcan de manera singular un repliegue sobre y un “recupero” —casi obligado— de los espacios de interrelación que se habían visto previamente eclipsados por las experiencias de militancia, me permite sostener que, lejos de remitir a la pura ruptura, los momentos posteriores a la liberación se vieron poblados, también, de nuevas y complejas formas de socialización que estuvieron atravesadas por la relación ambigua entre la sensación de “pérdida” y la posibilidad de resguardo:

Todo lindo cuando nos liberaron, todo hermoso, bárbaro, llegaste a casa, estábamos todos pero..., o sea, tu vida se había partido: yo ya tenía un sumario en la escuela, no podía volver a la escuela, no podía volver a la

15 En su evocación, esos entramados constituyen un nudo significativo de las configuraciones identitarias y de las proyecciones de vida.

16 Los momentos posteriores a ese “retorno” o (re-)aparición supusieron múltiples dificultades afectivas, relacionales, laborales, etc., en tanto que “conseguir un empleo, insertarse en la esfera política y recomponer los lazos familiares y afectivos no resultó sencillo (...) sobre todo ante la ausencia de políticas estatales que atendieran a sus necesidades cotidianas [...]” (Canelo y Guglielmucci, 2005: 177).

Facultad porque había perdido la regularidad y tenía que hacer todo un trámite para poder volver. Pero además no estaba bien anímicamente, estaba angustiada, tenía una hija, no tenía trabajo... O sea, todo hermoso al principio pero después la realidad de la cotidianidad es que tu vida fue un antes y un después. (...) Al año siguiente, sí, empecé a trabajar en el jardín de mi mamá a la tarde y a cursar en la facultad. Y eso ya como que me fue dando un respiro, un volver a la rutina. Mi mamá me cuidaba a la nena cuando yo iba a trabajar o cuando iba a la facultad y, bueno, me fui haciendo de algún grupo de pares en la facultad, nuevos grupos porque los que habían arrancado conmigo ya estaban más adelante... Y bueno, me aboqué, o sea, mi meta era terminar. (Entrevista a Nieves, abril de 2012)¹⁷

Frente a esos primeros movimientos de reconstrucción de espacios y entramados de socialización, asentados principalmente en los ámbitos de la vida cotidiana, en algunos casos se produjeron también —y fundamentalmente a partir de la apertura democrática— incursiones más o menos activas en el espacio público¹⁸. Así, lejos de configurarse desde una plena dicotomía, la recomposición de las tramas vinculares se moduló a partir de una amalgama de espacialidades en la que confluyeron, e incluso se tensionaron, el ámbito privado —encarnado en la familia, el trabajo y/o los estudios— y la trama pública —donde la producción del testimonio y/o la intervención más o menos activa en el campo de la memoria y los derechos humanos cobraron particular espesura—¹⁹. En

17 La entrevista con Nieves se desarrolló en cuatro encuentros entre abril y mayo de 2012. Docente y Psicóloga, al momento de las conversaciones tenía 54 años. Nacida en la Ciudad de Buenos Aires, inició su actividad política a comienzos de los años '70 mientras cursaba sus estudios secundarios, e inició una militancia partidaria en la juventud de Vanguardia Comunista cuando estudiaba Magisterio. En julio 1978 fue secuestrada y trasladada al CCD "El Vesubio", donde permaneció hasta septiembre de ese año, cuando fue legalizada junto con otras/os secuestradas/os. Recluida en el Penal de Devoto, en marzo del año siguiente tuvo a su primera hija y fue liberada pocos meses después. Los años sucesivos la encontraron abocada a la crianza de su pequeña, la reanudación de sus estudios universitarios y el trabajo como docente, y se mantuvo alejada de los espacios de participación y denuncia. Desde los últimos años de la década de los '90, sin embargo, se vinculó con diferentes espacios de defensa de los derechos humanos y en los años 2000 inició una militancia activa en la materia. Desde entonces ha brindado su testimonio en diferentes instancias.

18 Las voces de una parte de las y los sobrevivientes comenzaron a resonar públicamente desde los años de la dictadura, particularmente desde el exilio (González Tizón, 2021). En nuestro país, si bien los organismos de derechos humanos habían recibido una importante cantidad de denuncias —fundamentalmente de familiares de detenidas/os desaparecidas/os residentes en las principales ciudades del país, y en menor medida de sobrevivientes (Crenzel, 2010 y 2013)—, fue principalmente en el contexto de la posdictadura que se ampliaron los circuitos testimoniales; en esos años, la CONADEP (1984) y el ámbito jurídico se constituyeron —hasta las leyes de Punto Final (1986) y Obediencia Debida (1987)— en los principales ámbitos de recepción de denuncias.

19 Siguiendo a Pollak y Heinich (2006), la noción de trama pública reviste aquí una marcada amplitud y heterogeneidad en términos de los modos de solicitación, del alcance y de la visibilidad. En este sentido,

ese solapamiento, signado por momentos de mayor repliegue sobre el espacio privado de la vida cotidiana y otros de mayor apertura al espacio público, unos y otros ámbitos propiciaron en muchos casos formas de resguardo y acompañamiento que incidieron en los procesos de reconstrucción de la propia subjetividad avasallada.

Estas aperturas a la trama pública no impactaron de la misma forma ni tuvieron el mismo alcance en el universo de sobrevivientes. Por un lado, mientras que algunas/os asentaron tempranamente sus casos en la escena pública, otras/os lo hicieron años más tarde y hay quienes, incluso hoy, continúan sin hacerlo²⁰. Por el otro, al tiempo que estas incursiones asumieron para algunas/os una fuerte relevancia subjetiva y política (Tolentino, 2016), estuvieron atravesadas también por profundas tensiones, dudas y/o dolores insistentes y no produjeron, por su sola ocurrencia, reposicionamientos y/o formas de reafirmación subjetiva:

Yo primero declaré en CONADEP, y después en los organismos... (...) ¡Para mí era como un... deber! (...) Pero, viste, nunca... No, no había una contención para nosotros, digamos. Era como... Inclusive las Madres, los organismos de derechos humanos, nosotros éramos sospechosos para ellos. No, no me encontraba cómoda yo, no... Eh, ¡no encontraba pares! O sea... ese era el tema, no encontrar un par, ¿entendés? Un compañero, digamos. No había más compañeros. (...) Y bueno, en ese momento la verdad que no..., no encontraba el lugar. (Fragmento de entrevista a Susana, noviembre de 2011)²¹

las formas de “salida” a la escena pública fueron diversas, al tiempo que el carácter “público” de esos entramados varía de acuerdo a cada trayectoria.

20 Si bien no es posible profundizar en los diferentes contextos, me interesa señalar que pese al cierre de la vía jurídica y los procesos de impunidad que sucedieron a la sanción de las “leyes del perdón”, los años ´90 configuraron, para algunas/os, momentos de conmemoración, de reencuentro con la propia historia y de apertura del testimonio. En otros casos, las reconfiguraciones memoriales y políticas que tuvieron lugar hacia mediados de los años 2000 —tras la asunción de Néstor Kirchner y la reapertura de las causas judiciales por delitos de lesa humanidad— produjeron una expansión inusitada del problema de la memoria hacia distintos ámbitos de la escena social, política y cultural y constituyeron nuevos escenarios para la “salida” al espacio público. En cualquier caso, la práctica testimonial y/o la participación en el campo de los derechos humanos suponen caminos posibles, aunque no necesarios, de lidiar-con los efectos de la experiencia límite. En su efectiva ocurrencia inciden tanto el contexto social como las disposiciones y/o posibilidades personales.

21 La entrevista tuvo lugar entre noviembre de 2011 y febrero de 2012, a lo largo de tres encuentros. De profesión docente, en esos momentos tenía 55 años. Susana inició su militancia en la Juventud Peronista durante los primeros años de la década del ´70 y desarrolló principalmente tareas de alfabetización en inquilinatos. Allí conoció a O., quien fuera su compañero y padre de su único hijo. En junio de 1977, mientras cursaba los primeros meses de embarazo, fueron secuestrados y trasladados a lo que luego ella identificaría como el CCD “El Vesubio”. Un mes después, O. fue “trasladado” y permaneció en condición de detenido-desaparecido hasta 2009, cuando fueron identificados sus restos. A mediados de septiem-

Yo circulé, ¿viste? Me encontré con compañeros, hicimos reuniones. Fui a ver películas (...) y los discursos, o las ideas, o las cosas que se hablaban, ¡no me producían nada! No me generaba ningún atractivo, las veces que estuve... (...) no me convocaba el discurso. No tenía ganas de exponerme a... (...) Pero, bueno, me parece que todavía no..., yo no encontré mi lugar en el mundo, digamos, políticamente hablando. Tampoco lo busco desesperadamente, ¿no? Digamos, a mí lo que más representa es tratar de ser un... testimonio de otros que no pueden dar testimonio. (Fragmento de entrevista a Julián, mayo de 2011)

Como muestran muchos de los testimonios, tanto para quienes realizaron una temprana incursión en los circuitos testimoniales como para aquellas y aquellos que tuvieron una participación más tardía o incluso marginal, la denuncia pública de lo vivido no constituyó en sí misma un punto bisagra en los cursos vitales. Si bien el testimonio puede configurar una instancia reparadora (Pollak y Heinich, 2006; Carnovale, Lorenz y Pittaluga, 2006; entre otras/os), fue el sostenimiento de esa práctica testimonial en el largo plazo y, fundamentalmente, la inscripción en espacios de encuentro con pares, de reconocimiento e interpelación las que coadyuvaron de manera significativa en esos reposicionamientos (Lampasona, 2017). La noción de testimonio ha permitido, en distintos contextos, “nombrar prácticas culturales de denuncia y disidencia política, ligadas a proyectos de visibilización de colectivos y situaciones ignoradas por las narrativas y medios oficiales” (Peris Blanes y Palazón Sáez, 2015: 2) afirmando su carácter político y asumiendo, con ello, un valor social significativo; en el caso específico de las y los sobrevivientes —tempranamente atravesadas/os por un manto de sospecha (Longoni, 2007)— el testimonio se constituyó muchas veces en un “deber” hacia los muertos, como ese decir por los ausentes. Sin embargo, la función pretendidamente reparadora de la toma de la palabra no se produjo de manera necesaria, sino que estuvo (y continúa estando) sujeta a determinadas condiciones personales y sociales, de miramiento, de escucha y legitimación²²:

En el año 2000 recibo un llamado (...). Era un muchacho joven y en resumen es sobrino de B. A. [compañera de cautiverio, embarazada, que con-

bre, Susana fue liberada. En noviembre de ese año dio a luz a su pequeño y con el tiempo retomó sus estudios de Magisterio. A partir de la transición democrática prestó declaración ante la CONADEP y en múltiples instancias, al tiempo que formó parte activa del movimiento de derechos humanos. Actualmente continúa con esa militancia y ha desarrollado una incansable trayectoria testimonial.

22 Como destacan diversos/as autores/as, su ocurrencia en condiciones adversas puede conllevar, incluso, a formas de revictimización o de vulneración subjetiva (Jelin, 2002 y 2006; Oberti, 2009; entre otras/os) e, incluso, de deslegitimación y/o denegación (Feld y Messina, 2014).

tinúa desaparecida]. (...) [Con tono pausado, reflexivo] Y fue una cosa... ¡tremenda para mí! Tremenda... Temblaba como una hoja, pero los amé desde el momento en que los vi. Y les agradecí tanto que..., ¡que ellos me buscaran! Y ellos me dijeron que no, que los agradecidos eran ellos... ¡Bueno, por esta cosa del sobreviviente! Viste, que uno para qué sobrevivió y... ¡la culpa del sobreviviente es terrible! Y entonces ellos me dijeron: ‘No, nosotros gracias a que hay sobrevivientes, y que cuentan y que hablan, nosotros podemos reconstruir la historia de nuestros padres’. ¡Y entonces ahí mi palabra... tomó valor! Tomó valor... (Entrevista a Silvia, marzo de 2012)²³

La interpelación de las/os otras/os en un sentido amplio —desde afectos y/o vínculos cercanos hasta referentes del campo de los derechos humanos, del ámbito jurídico y/u otras áreas vinculadas con el espacio público— y el reconocimiento de la condición de “víctimas” y de “testigos”²⁴ configuraron escenarios de legitimación que animaron, en muchos casos, a la narración y resignificación de lo vivido. En particular, el (re)encuentro con un otro-semejante, con un “par” que formase parte de un universo compartido, en términos de un “lenguaje común” y un entendimiento singular —personificado, mayoritariamente, en otras/os sobrevivientes—, apareció de manera contundente en los testimonios, al momento de revisar los propios cursos vitales, de decir-se y posicionar-se a sí mismos como sujetos de la sobrevida²⁵:

23 La entrevista a Silvia tuvo lugar a lo largo de tres encuentros, durante marzo de 2012. De profesión docente, en ese momento tenía 54 años y trabajaba como maestra de escuela primaria. Había iniciado su militancia en el centro de estudiantes de su escuela secundaria y comenzó a militar orgánicamente en la Juventud de Vanguardia Comunista luego del golpe militar de marzo de 1976, mientras cursaba sus estudios de Magisterio. A mediados de julio de 1978, fue secuestrada y detenida en lo que, tiempo después, supo que era “El Vesubio”. Al igual que Nieves, a mediados de septiembre fue legalizada y permaneció en el Penal de Devoto hasta mayo de 1979. Durante años se mantuvo en un profundo retraimiento sobre su espacio privado de interacción, se casó y tuvo a sus cuatro hijos (uno de los cuales ha fallecido). A mediados de los años noventa asentó su denuncia para la tramitación de la reparación económica impulsada por el Estado Nacional, pero no fue sino hasta mediados de los años 2000 que encararía nuevos recorridos en la trama pública. Desde entonces participa activamente del movimiento de derechos humanos y ha brindado su testimonio en diferentes instancias. Al día de la fecha ya se encuentra jubilada.

24 Una y otra categoría no constituyen conceptos evidentes en sí mismos ni se reducen a condiciones inherentes a la experiencia vivida. Como señalan diversos/as autores/as (Vecchioli, 2001; Guglielmucci, 2015 y 2017; entre otros/as), la noción de “víctima” supone un proceso de construcción social y subjetivo en el que se inscriben múltiples actores, sentidos, tensiones y disputas, y donde la intervención y el reconocimiento estatal juegan un rol preponderante (Vecchioli, 2014; Da Silva Catela, 2014; Zenobi, 2014 y 2020; entre otras/os). Al mismo tiempo, cabe señalar que la “posición de testigo” (Messina, 2012: 39) supone también una construcción y un movimiento subjetivo que no se reduce a una condición inmanente a la vivencia del cautiverio sino al ejercicio de una “práctica testimonial”, es decir, a la consecución de un conjunto heterogéneo de actividades “de investigación, indagación y reflexión sobre su propia experiencia” (Messina, 2012: 40-41) que exceden y acompañan al momento de la palabra.

25 Cabe señalar, empero, que no todos los encuentros y/o espacios compartidos con otras/os sobrevi-

E: Después yo empecé a conectarme con gente de Vesubio, que era donde yo había estado. (...) ¡Fue muy importante eso! Porque a mí..., llegó un momento que yo, como no hablaba con nadie (...), y todo esto, ¿qué pasaba? Tanto guardar, tanto guardar, a veces yo pensaba ‘¿pero yo viví esto? Si no hay nadie... ¡No hay nadie que diga que yo lo viví!’, viste, ‘¿lo habré vivido todo esto o es una cosa que... yo me la imagino?’. [Con un tono esperanzado, aliviado] Entonces, cuando la conocí a Ana y pudimos hablar de los mismos guardias, de las..., fue como..., no sé, como recuperar un pedazo mío, como decir, bueno, ‘Así. Es así’. (...) entonces, esa reconstrucción a mí es como que... todos estos fantasmas que yo tenía de que estuve, de que no estuve, que cómo... bueno, todo eso, con este grupo de gente, de sobrevivientes, me fui sintiendo como en un lugar de pertenencia... (Fragmento de entrevista a Susana, febrero de 2012)

Este pensar-se y nombrar-se no supone tan sólo el hecho de decir lo vivido, sino de asumir-se reflexivamente como parte de una trama y de una historia colectiva que los configura y vincula con otros. Sobre esta inscripción de lo vivido en el campo de experiencia, que supone necesariamente un hacer del sujeto y un reconocerse en otras y otros, se sostienen los procesos —siempre abiertos, parciales— de reafirmación y reposicionamiento personal. En efecto, estas instancias fueron marcando nuevos y significativos puntos de inflexión —aunque no sin conflictos, como tampoco plenos o definitivos— en las trayectorias vitales y, particularmente, en las formas de visitar su propia historia. En este sentido, si los efectos devastadores de la experiencia vivida se sostuvieron más allá de los límites espacio-temporales del CCD, la configuración de nuevas escenas sociales y tramas de interacción, asentadas en el miramiento, el reconocimiento y la ternura²⁶, coadyuvó significativamente en los procesos de elaboración y reposicionamiento subjetivos.

vientes configuraron instancias reparadoras. Por el contrario, es posible advertir múltiples posiciones, tensiones y diferencias al interior de este “colectivo”. Aun así, nuestras/os entrevistadas/os dieron cuenta de la relevancia de determinados (re)encuentros en sus cursos vitales y es sobre esos procesos “micro”, cara a cara, y su particular impronta en los modos de recomposición subjetiva donde se centra este análisis. Como propone Gabriel Margiotta al abordar las fotografías realizadas por sobrevivientes en el predio del ex CCD “Atila-Mansión Seré”, se produce entre pares una “mirada especular”, de reconocimiento mutuo, que se sostiene en una “comunidad de experiencia” (2021: 6).

²⁶ Retomo la noción de “ternura” de Fernando Ulloa ([1999] 2005) para pensar no en una instancia meramente afectiva, sino en un dispositivo social que, contrario a la crueldad, viabiliza la restitución de un tercero de apelación y la configuración de nuevas escenas sociales.

IV. COMENTARIOS FINALES

En este artículo he explorado las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición y posterior sobrevivida en las trayectorias de vida de sobrevivientes de los CCD, a partir del análisis de las formas de persistencias de la violencia en el espacio subjetivo y sus modalidades de emergencia discursiva, primero, y de las rupturas, reconfiguraciones y dinámicas que asumieron los entramados de acción e interacción de los sujetos, luego. Estas dimensiones analíticas me permitieron problematizar algunos de los acechos y las persistencias actuales de la experiencia límite, las principales modalidades de elaboración, de hacer-con esas rupturas y profundos dolores. En particular, estas modalidades de lidiar con la experiencia límite se desplegaron entre dos polos que, a modo de tipos ideales y/o límites posibles, irían desde formas más individuales —vinculadas con un retraimiento y/o repliegue del sujeto sobre su espacio íntimo de interrelación— a otras más asentadas en lo colectivo — esto es, desplegadas en entramados sociales más amplios— y se sostendrían, también, en la compleja articulación de los tiempos subjetivos y sociales, conjuntamente.

Con todo, interesa señalar que esa (sobre)vida se fue (y continúa) configurando en la tensión constitutiva de los procesos de desubjetivación y subjetivación, entretejiendo en un doble movimiento: como producción particular del poder desaparecedor —que buscó doblegar, desarticular, aterrorizar— y, al mismo tiempo, como construcción del propio sujeto, *pese a todo* (Didi-Huberman, 2004). Y es que pese a esas pretensiones absolutas del poder, los sujetos se fueron dando —como han podido y en espacios sociales que lo viabilizaran— su propia (sobre)vida; una vida que, sin volver a ser aquello que era con anterioridad a la experiencia límite, se reconfigura y despliega *pese* al avasallamiento y, al mismo tiempo, *con pesar de él*. La noción de “(sobre)vida” permite explicitar, precisamente, ese doble movimiento constitutivo: como “plus” de vida y, conjuntamente, como esa “vida trastocada” en y por la experiencia límite.

Si en los comienzos de la investigación que da origen a este escrito partía del supuesto fuerte de una escisión plena entre el antes y el después de la experiencia límite, el recorrido analítico por las historias de vida me permitió observar que, lejos de suponer una distancia radical entre uno y otro momento vital, la (sobre)vida se fue entretejiendo en el “entre” de aquello propio de lo sido, de lo perdido, y lo que se “recupera” y/o reconfigura en el marco de nuevos entramados y posicionamientos de sujeto. Estos procesos de recomposición de la propia subjetividad avasallada, que involucran tanto las acciones y elaboraciones singulares de las víctimas como sus modalidades de inscripción en tramas de interrelación que las contienen, deben entenderse en recorridos de largo plazo y en absoluto lineales u homogéneos, con momentos particulares e incluso contradictorios de avances, de conflictos y “retrocesos”. En efecto, y como ya fue señalado, no refiero

aquí a tramitaciones “exitosas” o acabadas, sino a movimientos subjetivos que incidieron, en determinadas situaciones y contextos, en la configuración de diferentes posiciones de sujeto y formas de vinculación con la propia historia. Recorridos singulares, abiertos y divergentes, pero aunados en y por la experiencia común de esa vida en su umbral con la muerte, de esa (sobre)vida que insiste, pese a todo.

BIBLIOGRAFÍA

- Arfuch, Leonor (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Calveiro, Pilar (1998). *Poder y desaparición: los campos de concentración en la Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Canelo, Brenda y Guglielmucci, Ana (2005). “(Re)aparecer en democracia: silencios y pasados posibles”. *Anuario de Estudios en Antropología Social*. Buenos Aires: Antropofagia: 175-186.
- Carnovale, Vera, Lorenz, Federico y Pittaluga, Roberto (2006). “Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre el Terrorismo de Estado en la Argentina”. Carnovale, Vera, Lorenz, Federico y Pittaluga, Roberto (comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDInCI Editores: 29-44.
- Colombo, Pamela (2013). *Espacios de desaparición. Espacios vividos e imaginarios tras la desaparición forzada de personas (1974-1983) en la provincia de Tucumán, Argentina*. Tesis de Doctorado publicada. Universidad del País Vasco, País Vasco.
- Crenzel, Emilio. “Políticas de la memoria en Argentina. La historia del informe nunca más”, en *Papeles del CEIC*, v. 2, n. 61 (2010): 1-31.
- Crenzel, Emilio. “La CONADEP treinta años después: La investigación sobre las desapariciones forzadas en la Argentina”, *Derechos Humanos*, 2/4 (2013): 3-25.
- Da Silva Catela, Ludmila. “‘Lo que merece ser recordado...’. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”, en *Clepsidra*. 1/2 (2014).
- Didi-Huberman, Georges (2004). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*. Barcelona: Paidós.
- Feld, Claudia y Messina, Luciana. “En torno a la palabra testimonial de los sobrevivientes: testigos legitimados y denegados de los centros clandestinos de detención en Argentina”, en *Tramas*. 41 (2014): 43-77.
- García Negroni, María Marta. “La distinción pretérito perfecto simple/pretérito perfecto compuesto. Un enfoque discursivo” en *Revista Iberoamericana de Discurso y Sociedad*. 1/2 (1999): 45-60.
- Gatti, Gabriel (2008). *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Montevideo: Ediciones Trilce.

- González Tizón, Rodrigo. “Los desaparecidos empiezan a hablar’: una aproximación histórica a la producción testimonial de los sobrevivientes de la dictadura argentina desde el exilio (1976-1983)”, *Revista Páginas*, año 13, 31 (2021): 1-34.
- Guglielmucci, Ana. “Transición política y reparación a las víctimas del Terrorismo de Estado en la Argentina: algunos debates pendientes”, en *Taller (Segunda Época)*, 4/5 (2015): 24-42.
- Guglielmucci, Ana. “El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia”, en *Revista de Estudios Sociales*, 59 (2017): 83-97.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Jelin, Elizabeth (2006). “La narrativa personal de lo invivible”. Carnovale (et. al.), *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires: CeDInCI: 63-79.
- Jelin, Elizabeth. “Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 1 (2014): 140-163.
- Kaufman, Susana (1998). “Sobre violencia social, trauma y memoria”. *Seminario Memoria Colectiva y Represión*, Montevideo, 16-17 de noviembre.
- LaCapra, Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Lampasona, Julieta. (2017). *Entre la desaparición y la (re-)aparición. Un análisis de las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición en los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención en la Argentina*. [Tesis de Doctorado inédita]. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Longoni, Ana. (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Editorial Norma.
- Margiotta, Gabriel (2021). “Imagen, montaje y legibilidad. Las fotografías realizadas por los sobrevivientes Conon Saverio Cinquemani y Horacio Peralta en el ex CCD ‘Atila-Mansión Seré’”. *12º Congreso Argentino de Antropología Social*. La Plata, Argentina.
- Messina, Luciana. “Reflexiones en torno a la práctica testimonial sobre la experiencia concentracionaria en Argentina”. *Sociedad y Economía*, 23 (2012): 37-58.
- Oberti, Alejandra. “Lo que queda de la violencia política. A propósito de archivos y testimonios”. *Revista Temáticas*, Año 17, 33/34 (2009): 126-148.
- Peris Blanes, Jaume y Palazón Sáez, Gema. “Avatares del testimonio en América Latina: tensiones, contradicciones, relecturas...”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 6 (2015): 1-8.
- Pollak, Michael (2006). *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones al Margen.
- Pollak, Michael y Heinich, Natalie (2006). “El testimonio”. Pollak, M., *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ed. Al Margen: 53-112.
- Puget, Janine y Kaës, René (Eds.) (1991). *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro

Editor de América Latina.

- Rama, Cristian (2015). *Sobreviviendo: Experiencias en el marco del proceso de aparición de sobrevivientes de los centros clandestinos de detención de la última dictadura militar* (Tesis de licenciatura no publicada). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Sautú, Ruth (1999). *El método Biográfico. La reconstrucción de la memoria de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Ed. de Belgrano, Universidad de Belgrano.
- Scott, Joan. "Experiencia". *La Ventana*, 13 ([1993] 2001).
- Silva-Corvalán, Carmen. "Tense and aspect in oral Spanish narrative: context and meaning", *Language*. 59/4 (1983): 760-780.
- Tello, Mariana. "(Sobre)vidas: objetos, memorias e identidades en la transmisión de experiencias concentracionarias", *Revista del Museo de Antropología*, 5 (2012): 141-148.
- Tolentino, Marcos (2016). "Porque sabemos la verdad, tenemos memoria, exigimos justicia": la trayectoria de la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos (1984-2014). *IX Seminario Internacional Políticas de la Memoria*. Buenos Aires, 3-5 de noviembre.
- Ulloa, Fernando. "Pensar el dispositivo de la crueldad. 'La encerrona trágica' en las situaciones de tortura y exclusión social". *Página/12* (1998, 24 de diciembre).
- Ulloa, Fernando ([1999] 2005). "Sociedad y crueldad". *Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas*. Córdoba, 5 al 8 de abril de 2005.
- Van Alphen, Ernst (1999). "Symptoms of discursivity. Experience, memory and trauma". Mieke B., J. Crewe y L. Spitzer (eds.), *Acts of Memory*. Hannover (NH) y Londres: University Press of New England.
- Vasilachis, Irene (2006). *Estrategias de Investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- Vecchioli, Virginia (2001): "Políticas de la Memoria y Formas de Clasificación Social. ¿Quiénes son las 'Víctimas del Terrorismo de Estado' en la Argentina?", en B. Groppo y P. Flier (compiladores). *La imposibilidad del Olvido. Recorridos de la Memoria en Argentina, Chile y Uruguay*. La Plata: Ed. Al Margen: 83-102.
- Vecchioli, Virginia: "La recreación de una comunidad moral y la institución de un relato legítimo sobre los derechos humanos en la Argentina", *PUBLICAR*, XII/XVII (2014): 67-93.
- Zenobi, Diego (2014): *Familia, política y emociones. Las víctimas de Cromañón entre el movimiento y el Estado*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Zenobi, Diego (2020): "Salud mental y derechos humanos: del terrorismo de Estado al incendio de Cromañón", en M. Epele. *Políticas terapéuticas y economías de sufrimiento. Perspectivas y debates contemporáneos sobre las tecnologías psi*. Buenos Aires: IIGG-CLACSO.